La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

				J			
			K				
				3		3	
				M			
							N
			L				

SOLUCION

J = Dama; K = Rey; L = Alfil; M = Torre; N = Caballo.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
9	6	8	1	1	0
3	6	5	2	1	1
4	3	0	6	1	0
1	8	7	2	0	1
9	2	1	4	1	0

SOLUCION

9357

Verano/12

TAN SOLO UN VIEJO BLUES

You can't allways get what you iant
But if you try some time you just might find you get what you need.

M. Jagger

(Por Tony Valdez) Mario se deja llevar por un viejo blues y pienso que lo hace muy bien. ¡Cuánto ha cambiado, desde que tocábamos juntos, unos cuantos años atrás! Mario comienza a cantar aquella letra que habíamos compuesto en una de aquellas tantas noches de bohemia, en el fondín de Paco.

"Una mesa y mil noches de un balón que no termina."

Mi mano toca la de Celina, sentada allí cerca, en el otro sillón, mientras que Mario en el piano, de espaldas a nosotros, sigue tocando. Celina sonríe cómplice, mirando el techo, y no retira su mano sino que, por el contrario, me la retiene.

"Allí en la esquina, cruza una calle sin final."



Qué lindo tiempo aquel, con Mario, juntos culo y calzón, como nos decía Paco, mientras servía sus ravioles a la cucaracha, aunque luego dijese que era algún bichito de la luz que había caído en el plato. Igual terminábamos comiéndolos; era lindo tener con quién compartir las risas, por las excusas de Paco y las cucarachas.

"Hacia dónde irán, colectivos y fantasmas que pasan por allí."

Mi mano no se detiene en la de Celina, sigue bajando lentamente, hasta encontrar un pliego lo suficientemente amplio como para percibir la calidez de sus piernas y dejarse llevar hacia ellas. Siempre me gustaron esos vestidos tan amplios. Me agradan; dan una sensación tan volátil a quien los usa. A Celina siempre le quedaron hermosos. Recuerdo la expresión de Mario cuando se lo regalé para su cumpleaños. Claro, a Mario no le gustaba ese tipo de ropa. —¡Parecés una hippie como éste!, le había dicho refiriéndose a mí cuando Celina se lo puso—.

"Y un cigarrillo marca el diálogo."

Pensar que en ese entonces nadie creía, o mejor dicho podía creer que hiciéramos música juntos y que aparte fuéramos grandes amigos. Mario, un tipo serio, formal, agresivo a más no poder y ganador de todas las minas de Floresta. Yo, en cambio, totalmente diferente, salvo en lo de las minas, pero siempre fui mucho más modesto, a mí sólo me interesaban —y me interesan, por supuesto— las mujeres frágiles con aire de hadas. Recuerdo que durante el último tiempo que tocábamos juntos con Mario conocí a Laura. Ella reunía todas esas condiciones y justamente quizá por parecer un hada fue que un día desapareció.

"La brasileñita que volvió a Río", me cantaba Mario con melodía de tango, cada vez que la recordaba.

"De este trago que no acaba."

Mi mano sigue recorriendo, suavemente, las piernas de Celina, mientras los tres seguimos atrapados en ese blues que quizás esté haciendo lo imposible para volvernos al pasado. Me gustan las piernas de Celina: suaves, cálidas; me agrada su pasividad, su complicidad, sus huecos, sus curvas y su feliz idea de no haberse puesto ropa interior.

"Si es preferible no ser nada."

Cuando Mario decidió irse a vivir con Celina me di cuenta de que ya no podía tocar más con él. Aparentemente había cambiado, pero ahora, ante un casamiento inminente, volvía a ser el mismo que antes de conocernos.

Todo comenzó así y continuó con la seguridad económica, que aunque fuésemos conocidos y nos fuese bien, mañana no se sabía, y entonces, sólo entonces, comprendí después de cuatro años de tocar juntos que para Mario sólo había sido un hobby, que le había permitido grabar algunos discos y ser conocido.

"A engañarte con una verdad prestada."

Celina me mira con sus ojos inmensos, muy brillantes. Nunca creo habérselos visto así. Mi mano se retira volviendo a recorrer todas sus curvas, y con una señal le indico que luego la llamo por teléfono.

"Si es preferible no ser nada a engañarte con una verdad prestada."

Mi voz se acopla a la de Mario, mientras que, incorporándome, me dirijo hacia el piano para hacer un breve final a cuatro manos, como en los viejos tiempos.

Paula Wajsman nació en San Juan y a los cuatro años se instaló en Buenos Aires. En 1958 vivió durante un año en París, donde volvió a fines de 1973 para quedarse hasta 1978. Allí trabajó como psicoanalista. Entre 1980 y 1982 estuvo en Estados Unidos. "Informe de París" es su primera novela publicada. En ella describe el asombro de un grupo de argentinos exiliados en París, donde descubren el mundo de las drogas, los punks y la marginalidad. Este es el primer capítulo de la obra, publicada por Ediciones de la Flor. Wajsman ya ha terminado de escribir "Punto atrás", aún inédita.

Por Paula Wajsman

INFOR
DE PA

No sería la primera vez que toco algo y era el aire, que penetra más que el duro, ay. Uno huye de la loca violencia y se encuentra atacada por todos los fríos.

Por la ventana, la tranquilidad de la campiña francesa. Ja. Sopla duro el Mistral. No es nada para quien conoció el Zonda, la gente que corre a encerrarse de los ramalazos de arena caliente enloquecedora: como un cuco de aire. Pero acá me quejo. Dicen que estoy bien adaptada a Francia.

Mentira. No me hallo: nunca me llega a parecer normal aguantar este clima. Miren que uno pensaría que después de vivir en Buenos Aires, en medio de ese quilombo con explosión de bombas cada noche, ya puede aguantar cualquier cosa; pero no. Además, se me hace que pronto va a empezar a llover tupido y eso sí: no lo soporto.

Como allá cuando empezaron a llover balas demasiado cerquita. La verdad: cuando llegué a París todavía escuchaba tiros —nunca pude saber si me los imaginaba— y cada vez que veía un patrullero, creía que venía a detenerme. Con la cantidad que hay: un cagazo continuo. Después me apiolé de que acá no me perseguían a mí —que fuera subversiva o no, les chupaba un huevo—; acá las tenían con los árabes. Lo siento por ellos y me parece muy jodido, pero sinceramente es un alivio no ser muy sospechosa, al menos por un tiempo.

Todo al pedo: siempre hay algo que es demasiado. Un demasiado que llega a hacerse repálido. Que no se banca más.

Jean se fue. No sé por cuánto tiempo. Me parece perfecto. Estaba harta de sus pesadillas. Imagínense durmiendo con alguien que cada noche se despierta gritando: "¡No, no quiero ir a Suiza, a Suiza no!"

Yo no tengo ninguna particular simpatía por ese país y entiendo perfectamente que un mes de cana, como él se ligó allá, no es agradable para nadie.

Pero para pesadillas tengo las propias. En vez de ovejas, cuento cadáveres; allá, en la Argentina. Saltan noticias desde las páginas del diario y me tocan. A veces pienso que irse no sirve de nada. Pero acá estoy, contándoles el cuento. Hay cretinos que dicen: "soldado que rajó, sirve otra vez"; pero no lo creo yo, ni nadie. ¿Soldado de qué? ¿Hasta cuándo? Aquello hay que pensarlo de nuevo; así no era.

Estos fantasmas míos siempre me suenan más a cosa seria, a golpe trágico del destino. En cambio, a Jean nada lo obligaba a ir a Suiza, ni a ningún otro lado. Sin mandato histórico ni un carajo, quién le impedía vivir pipón como instructor de esquí y listo. Qué raro me suena: un tipo con profesión, pero que sea mi amigo, no el viejo de alguien. Yo no llegué a tener ninguna: todavía estudiaba cuando la cosa ya estaba pelando.

No vayan a creer que estoy muy segura de nada. Jean me dice: "Bof, ustedes los argentinos son como los tanos: pura joda, pero en política pesadísimos; pasa que todo es política, linda, convencete". Y dale con la política de la vida cotidiana, toda esa pelota. Acá les encanta darse manija con eso. Se juntan un roto con un descosido para quejarse y piden: libertad para drogarse, para hacerse la paja pensando en niñitos, para ser putos, para ser descreídos, para ser libres.

Pensé bastante en todo eso. Alguna razón tienen. Más de un supuesto liberador es un imbancable que si tomara el poder —Dios libre y guarde— se las arreglaría para hacernos la vida imposible a todos. De esos hijos de puta mejor ni hablar. Pero tampoco puedo creer que todo andaría al pelo con que sólo tuviéramos el derecho de fumarnos un porro tranquilos, qué va. Si eso lo hacemos igual. Si no se trata de palabras mayores como el destino de los pueblos, yo veo al pedo parlarla tanto. ¿Por qué no hacen lo que quieren sin pedir permiso? Neuras consentidos: eso son.

Pero un poco lo entiendo, a este flaco. Si hubiera sido un correctísimo instructor de esquí, ni lo hubiera conocido y menos me hubiera enganchado con él.

Nos encontramos a través de la transa. Cuando llegué acá, me fascinó la red marginal de intercambio, los caminos que traza la droga gambeteando al sistema. Allí no llegó Descartes, todavía; es lo único divertido que les queda a los franchutes. Lo demás es un opio.

Ahora, hasta de eso me pudrí. Ya va siendo tiempo de cambiar de vida, inventarme otra historia: una profesión, si cabe, ya que ésa no la hice nunca; pero no sé cuál, ni tengo quién me banque una carrera.

Mucha intención, pero pocos mangos: me queda justo para ir tirando y ver venir. Ante todo, tengo que volverme a París.

En el sur, y entre gente de la transa, era difícil cambiar. Todo perfectamente dibujado. Las mujeres éramos parte del espacio. Los tipos, siempre en marcha como el llanero solitario: portadores de tiempo.

Ellos necesitaban "derivar", así decían: morfar ruta.

Una también podía ir, claro. De acompañante. La primera vez, me invitó Pierre.

Un maniático que se ponía fulo en cuanto una usaba algo que no fuera elegantísimo. Con mis pilchas porteñas pasé el examen. ¿Y cuál fue el premio? Un viajecito.

Teníamos que llevar una merca al sur. A toda velocidad, sin parar ni mirar alrededor. Sin dormir. Antes de dejar París, compramos unos casetes de Al Jarreau y de McLaughlin; los escuchamos todo el tiempo con el volumen al mango.

Estaba todo calculado. El manejaba, yo me encargaba de armar flor de charutos con un increíble hasch negro que sacaba de una linterna, y líneas de blanca, que iba encanutada en el tablero del auto.

Por ese lado no me podía quejar, el muchacho venía bien provisto.

Al principio me copó esa onda de cápsula espacial. Después me hinchó las pelotas tanto encierro, tanta exclusividad casi religiosa.

Cuando a Pierre se le empezaron a cerrar los ojos, me aterroricé. El imbécil no quería saber nada de parar: "Qué me voy a dormir", decía, y plaf, se le caían los párpados otra vez. Me puse a pellizcarlo: como acá tratan de no tocarse y te piden perdón para pasar a medio metro, eso era peor que cualquier insulto. Así hasta que frenó delante de un hotel; caímos dormidos sin desvestirnos.

Al día siguiente, tuvo que esperar mientras me bañaba; hasta se duchó él, protestando por lo que tardábamos.

¡Qué enfermo! Ningún otro interés, ningún otro placer: música, velocidad y drogas. A mí me gustan las cosas más variadas. También comer, de vez en cuando. Cosas así, simples, que este fanático ni recordaba.

Llegamos al sur medio peleados.

Era verano. La campiña —yo le digo así porque campo seguro no es— estaba esplendorosa; todo verde y sol: una pinturita.

Habíamos aterrizado en este caserón blanco. Los dueños de casa tenían plata, no eran pareja ni familia sino rejunte, y les gustaba que hubiera otra gente circulando. Acá conocí a Jean, un morochazo vital que hasta sabe reírse a carcajadas. Me puse al mango y se recoparon conmigo. Había lugar de sobra; me quedé.

A todos les gustaba que estuviera Jean y él vino mucho más seguido desde que me instalé yo.

Pero en la ruta, era idéntico a Pierre. En esa onda de camionero sofisticado, más que conmigo convivía con su socio. Unidos como una pareja, se esperaban continuamente y se llenaban de reproches cada vez; como siameses no eran, siempre uno se atrasaba y el otro era la víctima. Después cambiaban los papeles, pero seguían con el mismo libreto hace rato.

Ni qué hablar de las escenas de celos cuando uno de ellos se plantaba porque una mina le había morfado la croqueta.

Yo también me comí esa pálida, pero fue al principio.

A mí, el socio —Doudou, tipo feo pero bastante piola— me respetó después que me las arreglé solita para defender un cargamento que los dos acababan de traer de Marruecos en el chasis camuflado de un Citroën.

La casa queda medio escondida en un bosque. Todo abierto: pocos conocen este aguantadero y del *haschich* fresquito —miel era, miel de *hasch*— nadie sabía nada.

Eso creíamos.

Yo tomaba sol en bolas.

Tomar sol, aplastada y desnuda contra la tierra por fin caliente y apenas pastitos; qué fiesta. Ver la vida a ras del suelo, desarrollándose en briznitas de vida, cachitos, bichitos: uno, agigantado por el reflejo agudo del sol. Le iba sintiendo el olor dorado a la carne, el cuerpo mío expandiéndose dulce. Cansancio tironeando los ojos; de tanta luz jugando a través de las hojas de los árboles: haciendo agua irisada, como cuando le cae nafta.

Miro duro y detallado en toda serenidad el triángulo extraño de tierra que limita mi brazo doblado: acorralo una visión panorámica. Marrón grisáceo de tierra plana, con dos o tres conchitas —y estamos lejos del mar—, una tapita de plástico, distinta de todo: simétrica, impenetrable; y pedacitos de vidrio, tan pulidos que no hieren.

Oigo llegar un auto. Podían ser Anne y Jacques —los dueños de casa— o Jean y Doudou. Espío adormilada por debajo del brazo: un coche va bajando la huella en silencio. Apagaron el motor. Es un auto que no conozco.

Los neumáticos llegan bien cerca, pero el conductor ocupado en maniobras ni me vio.

Ese día que me estaba mandando una fiesta solitaria. No pudo ser.

Eran zapatos desconocidos. Me paro de un saque y atajo a los tipos en la puerta. Tres, de pinta fortachona; muy distintos de los amiguitos rebuscados que a veces curten por acá.

El más grandote se adelanta:

—Me llamo Edgar.

—Me dicen Princesa, mucho gusto —me hago la boluda, por ganar tiempo.

Saluditos a los demás. Como no los quería dejar solos para ir a vestirme, decido seguir en cueros. Eso los ponía incómodos porque yo les hablaba como una dama y, después que mencionaron a Jacques, hasta los invité a entrar y les serví café.

Edgar hace ruiditos y por fin me dice:

—Así queeeee... ¿nunca me oíste nombrar?

—No —le digo—. ¿Vos a mí tampoco?

Supongo que le resultaría difícil completar su presentación diciéndome "soy un conocido gangster de Marsella" o algo así; yo

Paula Wajsman nació en San Juan y a los cuatro años se instaló en Buenos Aires. En 1958 vivió durante un año en París, donde volvió a fines de 1973 para quedarse hasta 1978. Allí trabajó como psicoanalista. Entre 1980 y 1982 estuvo en Estados Unidos. "Informe de París" es su primera novela publicada. En ella describe el asombro de un grupo de argentinos exiliados en París, donde descubren el mundo de las drogas, los punks y la marginalidad. Este es el primer capítulo de la obra, publicada por Ediciones de la Flor. Wajsman ya ha terminado de escribir "Punto atrás", aún inédita.

Por Paula Wajsman



INFORME DE PARIS

No sería la primera vez que toco algo y era el aire, que penetra más que el duro, ay. Uno huye de la loca violencia y se encuentra atacada por todos los fríos.

Por la ventana, la tranquilidad de la campiña francesa. Ja. Sopla duro el Mistral. No es nada para quien conoció el Zonda, la gente que corre a encerrarse de los ramalazos de arena caliente enloquecedora: como un cuco de aire. Pero acá me quejo. Dicen que estoy bien adaptada a Francia.

Mentira. No me hallo: nunca me llega a parecer normal aguantar este clima. Miren que uno pensaría que después de vivir en Buenos Aires, en medio de ese quilombo con explosión de bombas cada noche, ya puede aguantar cualquier cosa; pero no. Además, se me hace que pronto va a empezar a llover tupido y eso sí: no lo soporto.

Como allá cuando empezaron a llover balas demasiado cerquita. La verdad: cuando llegué a París todavía escuchaba tiros —nunca pude saber si me los imaginaba— y cada vez que veía un patrullero, creía que venía a detenerme. Con la cantidad que hay: un cagazo continuo. Después me apiolé de que acá no me perseguían a mí —que fuera subversiva o no, les chupaba un huevo—; acá las tenían con los árabes. Lo siento por ellos y me parece muy jodido, pero sinceramente es un alivio no ser muy sospechosa, al menos por un tiempo.

Todo al pedo: siempre hay algo que es demasiado. Un demasiado que llega a hacerse repálido. Que no se banca más.

Jean se fue. No sé por cuánto tiempo. Me parece perfecto. Estaba harta de sus pesadillas. Imagínense durmiendo con alguien que cada noche se despierta gritando: "¡No, no quiero ir a Suiza, a Suiza no!"

Yo no tengo ninguna particular simpatía por ese país y entiendo perfectamente que un mes de cana, como él se ligó allá, no es agradable para nadie.

Pero para pesadillas tengo las propias. En vez de ovejas, cuento cadáveres; allá, en la Argentina. Saltan noticias desde las páginas del diario y me tocan. A veces pienso que irse no sirve de nada. Pero acá estoy, contándoles el cuento. Hay cretinos que dicen: "soldado que rajó, sirve otra vez"; pero no lo creo yo, ni nadie. ¿Soldado de qué? ¿Hasta cuándo? Aquello hay que pensarlo de nuevo; así no era.

Estos fantasmas míos siempre me suenan más a cosa seria, a golpe trágico del destino. En cambio, a Jean nada lo obligaba a ir a Suiza, ni a ningún otro lado. Sin mandato histórico ni un carajo, quién le impedía vivir pipón como instructor de esquí y listo. Qué raro me suena: un tipo con profesión, pero que sea mi amigo, no el viejo de alguien. Yo no llegué a tener ninguna: todavía estudiaba cuando la cosa ya estaba pelando.

No vayan a creer que estoy muy segura de nada. Jean me dice: "Bof, ustedes los argentinos son como los tanos: pura joda, pero en política pesadísimos; pasa que todo es política, linda, convencete". Y dale con la política de la vida cotidiana, toda esa pelota. Acá les encanta darse manija con eso. Se juntan un roto con un descosido para quejarse y piden: libertad para drogarse, para hacerse la paja pensando en niñitos, para ser putos, para ser descreídos, para ser libres.

Pensé bastante en todo eso. Alguna razón tienen. Más de un supuesto liberador es un imbancable que si tomara el poder —Dios libre y guarde— se las arreglaría para hacernos la vida imposible a todos. De esos hijos de puta mejor ni hablar. Pero tampoco puedo creer que todo andaría al pelo con que sólo tuviéramos el derecho de fumarnos un porro tranquilos, qué va. Si eso lo hacemos igual. Si no se trata de palabras mayores como el destino de los pueblos, yo veo al pedo parlarla tanto. ¿Por qué no hacen lo que quieren sin pedir permiso? Neuras consentidos: eso son.

Pero un poco lo entiendo, a este flaco. Si hubiera sido un correctísimo instructor de esquí, ni lo hubiera conocido y menos me hubiera enganchado con él.

Nos encontramos a través de la transa. Cuando llegué acá, me fascinó la red marginal de intercambio, los caminos que traza la droga gambeteando al sistema. Allí no llegó Descartes, todavía; es lo único divertido que les queda a los franchutes. Lo demás es un opio.

Ahora, hasta de eso me pudrí. Ya va siendo tiempo de cambiar de vida, inventarme otra historia: una profesión, si cabe, ya que ésa no la hice nunca; pero no sé cuál, ni tengo quién me banque una carrera.

Mucha intención, pero pocos mangos: me queda justo para ir tirando y ver venir. Ante todo, tengo que volverme a París.

En el sur, y entre gente de la transa, era difícil cambiar. Todo perfectamente dibujado. Las mujeres éramos parte del espacio. Los tipos, siempre en marcha como el llanero solitario: portadores de tiempo.

Ellos necesitaban "derivar", así decían: morfar ruta.

Una también podía ir, claro. De acompañante. La primera vez, me invitó Pierre.

Un maniático que se ponía fulo en cuanto una usaba algo que no fuera elegantísimo. Con mis pilchas porteñas pasé el examen. ¿Y cuál fue el premio? Un viajecito.

Teníamos que llevar una merca al sur. A toda velocidad, sin parar ni mirar alrededor. **Sin dormir. Antes de dejar París, compramos unos casetes de Al Jarreau y de** McLaughlin; los escuchamos todo el tiempo con el volumen al mango.

Estaba todo calculado. El manejaba, yo me encargaba de armar flor de charutos con un increíble hasch negro que sacaba de una linterna, y líneas de blanca, que iba encanutada en el tablero del auto.

Por ese lado no me podía quejar, el muchacho venía bien provisto.

Al principio me copó esa onda de cápsula espacial. Después me hinchó las pelotas tanto encierro, tanta exclusividad casi religiosa.

Cuando a Pierre se le empezaron a cerrar los ojos, me aterroricé. El imbécil no quería saber nada de parar: "Qué me voy a dormir", decía, y plaf, se le caían los párpados otra vez. Me puse a pellizcarlo: como acá tratan de no tocarse y te piden perdón para pasar a medio metro, eso era peor que cualquier insulto. Así hasta que frenó delante de un hotel; caímos dormidos sin desvestirnos.

Al día siguiente, tuvo que esperar mientras me bañaba; hasta se duchó él, protestando por lo que tardábamos.

¡Qué enfermo! Ningún otro interés, ningún otro placer: música, velocidad y drogas. A mí me gustan las cosas más variadas. También comer, de vez en cuando. Cosas así, simples, que este fanático ni recordaba.

Llegamos al sur medio peleados.

Era verano. La campiña —yo le digo así porque campo seguro no es— estaba esplendorosa; todo verde y sol: una pinturita.

Habíamos aterrizado en este caserón blanco. Los dueños de casa tenían plata, no eran pareja ni familia sino rejunte, y les gustaba que hubiera otra gente circulando. Acá conocí a Jean, un morochazo vital que hasta sabe reírse a carcajadas. Me puse al mango y se recoparon conmigo. Había lugar de sobra; me quedé.

A todos les gustaba que estuviera Jean y él vino mucho más seguido desde que me instalé yo.

Pero en la ruta, era idéntico a Pierre. En esa onda de camionero sofisticado, más que conmigo convivía con su socio. Unidos como una pareja, se esperaban continuamente y se llenaban de reproches cada vez; como siameses no eran, siempre uno se atrasaba y el otro era la víctima. Después cambiaban los papeles, pero seguían con el mismo libreto hace rato.

Ni qué hablar de las escenas de celos cuando uno de ellos se plantaba porque una mina le había morfado la croqueta.

Yo también me comí esa pálida, pero fue al principio.

A mí, el socio —Doudou, tipo feo pero bastante piola— me respetó después que me **las arreglé solita para defender un cargamento que los dos acababan de traer de Marruecos en el chasis camuflado de un Citroën.**

La casa queda medio escondida en un bosque. Todo abierto: pocos conocen este aguantadero y del *haschich* fresquito —miel era, miel de *hasch*— nadie sabía nada.

Eso creíamos.

Yo tomaba sol en bolas.

Tomar sol, aplastada y desnuda contra la tierra por fin caliente y apenas pastitos; qué fiesta. Ver la vida a ras del suelo, desarrollándose en briznitas de vida, cachitos, bichitos: uno, agigantado por el reflejo agudo del sol. Le iba sintiendo el olor dorado a la carne, el cuerpo mío expandiéndose dulce. Cansancio tironeando los ojos; de tanta luz jugando a través de las hojas de los árboles: haciendo agua irisada, como cuando le cae nafta.

Miro duro y detallado en toda serenidad el triángulo extraño de tierra que limita mi brazo doblado: acorralo una visión panorámica. Marrón grisáceo de tierra plana, con dos o tres conchitas —y estamos lejos del mar—, una tapita de plástico, distinta de todo: simétrica, impenetrable; y pedacitos de vidrio, tan pulidos que no hieren.

Oigo llegar un auto. Podían ser Anne y Jacques —los dueños de casa— o Jean y Doudou. Espío adormilada por debajo del brazo: un coche va bajando la huella en silencio. Apagaron el motor. Es un auto que no conozco.

Los neumáticos llegan bien cerca, pero el conductor ocupado en maniobras ni me vio.

Ese día que me estaba mandando una fiesta solitaria. No pudo ser.

Eran zapatos desconocidos. Me paro de **un saque y atajo a los tipos en la puerta.** Tres, de pinta fortachona; muy distintos de los amiguitos rebuscados que a veces curten por acá.

El más grandote se adelanta:

—Me llamo Edgar.

—Me dicen Princesa, mucho gusto —me hago la boluda, por ganar tiempo.

Saluditos a los demás. Como no los quería dejar solos para ir a vestirme, decido seguir en cueros. Eso los ponía incómodos porque yo les hablaba como una dama y, después que mencionaron a Jacques, hasta los invité a entrar y les serví café.

Edgar hace ruiditos y por fin me dice:

—Así queeeee... ¿nunca me oíste nombrar?

—No —le digo—. ¿Vos a mí tampoco?

Supongo que le resultaría difícil completar su presentación diciéndome "soy un conocido gangster de Marsella" o algo así; yo no pensaba ayudarlo: ni loca.

En cambio, me preguntó de dónde era mi *"petit accent"* tan encantador.

Eso me abría la posibilidad de armar el show: si se fascinaban con lo exótico como cualquier francés, todo estaba salvado. Sin embargo, de repente les vi pinta de muchachos de rioba... y me puse una camisa de Jacques que andaba por ahí.

A ver si nos entendemos. Quise atenuar la cosa, es verdad.

Y no porque crea que mi físico es algo del otro mundo. Nadie me confundiría con una vedette. Soy flaca y medio atrasadita: nunca salí de la pubertad; por suerte, eso no está mal visto como el retardo mental. Ni me imagino cómo será vivir con abundantes saliencias que se hamaquen. Así que, por mí, puedo andar en pelotas, tranquila como un gato.

El problema es que creo alucinaciones: los **tipos suelen deslumbrarse con mis opulentas** curvas totalmente imaginarias. O eso me digo para tratar de entender los inexplicables copes que produce esta quía. Especialmente acá.

Con los franchutes sofisticados no hay drama; aunque se copen, son educados hasta la indiferencia. Pero con estos tipos, quién sabe. A ver si se les despierta el indio. Parecen estar vivos.

Entonces, me dispuse a mandarme todo el circo onda Scherezada, cuestión de entretenerlos... y me encontré contándoles las cosas más lindas de la Argentina, las que yo más quiero.

Cómo es una plaza en veranito, por ejemplo. Con los pendejos jugando, el club de los jovatos que timbea sobre el pastito, las viejas que tejen y charlan, los jóvenes de filo. **Alguna mina que pasa, moviendo el culo, y** los tipos solitarios como si cavilaran ariscos, pero nunca tan solos porque se dejan nadar en medio del rumor y las ropas de colores de la gente movediza. También les conté cómo recuerdo a los viejos: en un patio con macetas, tomando mate, mirando sus plantitas; y otros, que bailan en las tanguerías hasta el amanecer: ellas de tacos, con las piernas lindas todavía de tanto firuletear en la milonga, de falda ajustada negra y el pelo teñido. La chispa y el piropo siempre ahí, a pesar de la vejez, la mufa, los milicos.

Y el cielo pintado de azul cada mañana. A pesar de todo.

De puro entusiasmo fui a buscar un narguile que nunca se usaba y lo armé; de mi petaquita saqué un fumo para compartir y nos sentamos alrededor. La cosa estaba completa: ellos pensarían en Oriente... y yo en el mate.

Nada que ver con el flaco que trajo el nar**guile: un hipposo con pinta de Cristo, que se** la pasaba hablando de buenas ondas y trataba de hermano a cualquiera, sin que nunca pasara nada porque no tenía vibreta en el cuerpo, ni luz en los ojos.

Pero aunque a estos les brillaran, me dio el cagazo de pasarme de folklórica. Por las dudas, me puse a agregar relatos de viaje de los que copan a todos.

Ya había anochecido y los otros dos ñatos estaban en la cocina haciendo té, cuando Edgar me preguntó:

—*Et la came?* —Mirada dura.

¿Querría recuperar el tiempo perdido?

—No ésta —me dice, señalando la petaquita de *grass*—. La otra. Los dos sabemos cuál.

Al pedo negarlo. Le digo que van a tener que esperar.

Quiere saber adónde está. Abro los brazos, levanto los hombros, le sonrío mirándolo a los ojos:

—No sé. Y ya te habrás dado cuenta que ni por físico ni por temperamento puedo hacer de vigilante.

Fue a conciencia pura: frágil como soy, había que ser mucho más basura que este tipo para atacarme.

Me está mirando. Balancea la cabeza, después la hace girar señalando alrededor, el resto de la planta baja y la escalera entre sombras:

—¿Estás sola acá?

Le dije estrictamente la verdad: que no, que vendrían. No sabía cuándo. En cualquier momento. Que había unos cuantos hombres en la casa, pero yo llevaba tres días pidiéndoles que mudaran mi habitación al segundo piso y nunca tenían tiempo, o no era el momento: siempre estaban demasiado ocupados; en suma, los muy cretinos parecían pensar que bien podía cargar yo solita los muebles por la escalera...

Cuando llegaron Jean y su infaltable socio, todas las luces de la casa estaban prendidas y los terribles hampones de Marsella me estaban haciendo la mudanza.

Dijeron que era amigos míos, transaron un buen pedazo sin jodas, pagaron cash. Los muchachos no entendían nada, pero se los veía aliviados. Me di cuenta de que al entrar tuvieron miedo.

Antes que se fueran los de la pesada, invité a fumar todos juntos el fino de la paz. Edgar me anotó en un papelito el tubo donde podía dejarle mensajes "si me hacía falta algo" y me dio dos besitos de despedida.

Jean nunca me creyó que no los conociera de antes. Tampoco le gustó que para esos duros más duros que él, mi nombre valiera más que el suyo y hasta le pudiera servir de protección.

Doudou sí me creyó. De movida le propuso a Jean que en ausencia de ellos yo pudiera actuar en sus asuntos con plena autonomía. Ni Jacques tenía tantas atribuciones, siendo tipo y dueño del aguantadero. Pero Doudou confiaba en mi talento para la improvisación: así dijo.

Sin embargo, con el reconocimiento de mi capacidad de "asegurar", sólo gané dolores de cabeza. Ah, sí. También copar el mejor cuarto de la casa, que en verdad estaba en discusión.

Desde entonces, Doudou me tenía respeto. En cambio, Jean no le toleraba ninguna mina a Doudou: todas era "esa boluda".

Yo traté de pactar con algunas de ellas; resultaron ser, efectivamente, ilusas que trataban de reformar a Doudou y me odiaron tanto como a Anne. La droga les gustaba, pero en cuanto agarraban a un tipo, querían que justo ése no se metiera más en nada. O que se embarcara en cualquiera siempre que las llevase aunque fuera al baño, juntos hasta el fin.

El peor despiole fue hace poco. Yo iba a acompañar a los muchachos en un viajecito; Doudou se emperró en llevar a Nadine, una rubia etérea nuevecita por acá. Jean no quiso saber nada. Se pelearon durante días, casi deshacen la sociedad. Jean estaba destrozado; daba pena. Hasta que le dije:

—¿Por qué no transás con él? Se queda Nadine y me quedo yo.

Ninguno de los dos estaba contento y Nadine se puso furiosa —se imaginaba una luna de miel, la pobre— pero la cosa anduvo.

Yo prefería quedarme. Una se consolaba bien de la ausencia casi continua de los hombres, gracias a la dulce tranquilidad veraniega que planeaba sobre el lugar cuando se iban.

Ayudaba la amable compañía de Jacques, que es tipo pero no ejerce, y la de los *dealers* reventados por el ritmo imposible de su vida activa: siempre teníamos algunos.

Esos no hacían gran cosa: descansaban en silencio, casi la paz de los sepulcros. A veces tocaban rock con los frenéticos de paso, para disimular.

Pero si no andaba ninguno cerca, preferían poner discos bajito y mantener largas conversaciones con minas. En esos momentos nos comprendían perfectamente y los invadía una atenta ternura por nosotras, que hacía menos pesado el ambiente de clínica de reposo.

Hasta Pierre, aquel rompebolas que me había traído, reapareció por acá, pinchadísimo.

Después de dos días tirado en una reposera como una bolsa de papas, llegó a chamuyar como una persona:

—Uno va llenándose de blanca para asegurar, asegurar, hasta que te sentís reduro, y así querés estar: apretado como un puño todo el tiempo; y seguís hasta que el esfuerzo te duele en la cabeza como un ruido. Te das cuenta de que estás con los dientes apretados **todo el tiempo; te pasás meses sin coger, sin** aflojar. Hasta que no querés más lola. Que pare el ruido en la cabeza: eso querés: Apoliyarte suavemente, sin darte un martillazo químico en el mate... Yo no quiero más lola —así me dijo—; yo tiro la toalla.

Después de quince días se volvió otro; cuando se fue hasta parecía medio puto: muy prolijo, peinadito, tan cuidadoso. Iba caminando despacito como un jubilado.

Anne, que estaba allí hace años, chancherísima y con su propio oficio de fotógrafa que a veces ejercía en Avignon, era la samaritana preferida; madre de todos y mujer de ninguno. Sacudía su melena y hacía sonrisas tiernas que le iluminaban todas las arruguitas.

Después de unos meses, yo iba en camino **de convertirme en una Evita de ese cotolen**go: se chimentaba que era una mina capaz de asegurar, y andaba con Jean.

El era una especie de héroe porque se cagaba de risa y nadie lo había visto abandonarse así: reventar, quejarse, parar. Jamás. El cowboy sin tacha. Si exceptuamos las pesadillas, que me bancaba yo sola hacía demasiado tiempo.

Jean estaba acostumbrado a hacerse esperar. Siempre llegaba con excelentes provisiones cuando no quedaba ni una brizna de yerba. Como para no recibirlo bien. Mientras más tardara, más parecía un mesías.

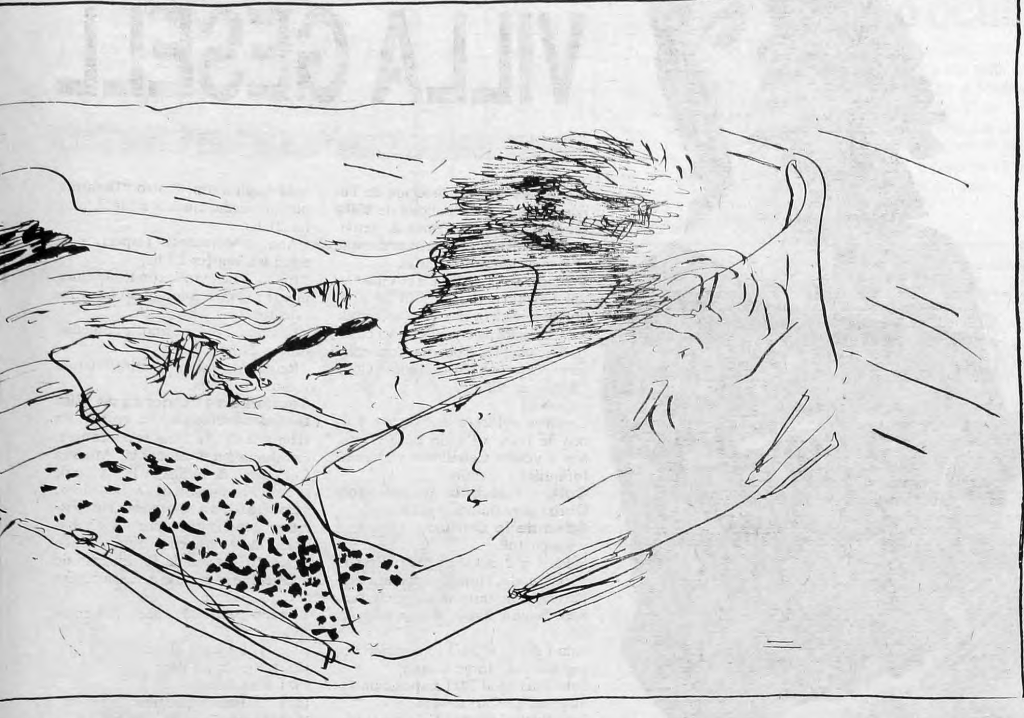
También esta vez avisó al próximo destino "salgo para allá" en cuanto llegó a casa, pero se quedó una semanita. Y pico.

Antes de la partida, ya con el coche cargado, la noche se hizo larga. Una de esas veladas hermosas, con misterio y una respiración muy honda. A lo mejor porque se veían las estrellas. Se dibujaban tantos movimientos en el aire que se tuvo que quedar. Seguimos levantados hasta caer exhaustos en la cama; y entonces, duramos hasta el amanecer.

Jean no sabía lo largo que sería este adiós. No se lo dije porque yo, tampoco. Ni quería que él metiera la cuchara en mis planes: rajarme a París antes de agotar fondos de la última operación, hacer contactos, buscarme otra cosa.

Ya lo veré por allá, pensé.

Viernes 11 de enero de 1991



ME

RIS

no pensaba ayudarlo: ni loca.

En cambio, me preguntó de dónde era mi *"petit accent"* tan encantador.

Eso me abría la posibilidad de armar el show: si se fascinaban con lo exótico como cualquier francés, todo estaba salvado. Sin embargo, de repente les vi pinta de muchachos de rioba... y me puse una camisa de Jacques que andaba por ahí.

A ver si nos entendemos. Quise atenuar la cosa, es verdad.

Y no porque crea que mi físico es algo del otro mundo. Nadie me confundiría con una vedette. Soy flaca y medio atrasadita: nunca salí de la pubertad; por suerte, eso no está mal visto como el retardo mental. Ni me imagino cómo será vivir con abundantes saliencias que se hamaquen. Así que, por mí, puedo andar en pelotas, tranquila como un gato.

El problema es que creo alucinaciones: los tipos suelen deslumbrarse con mis opulentas curvas totalmente imaginarias.O eso me digo para tratar de entender los inexplicables copes que produce esta quía. Especialmente acá.

Con los franchutes sofisticados no hay drama; aunque se copen, son educados hasta la indiferencia. Pero con estos tipos, quién sabe. A ver si se les despierta el indio. Parecen estar vivos.

Entonces, me dispuse a mandarme todo el circo onda Scherezada, cuestión de entretenerlos... y me encontré contándoles las cosas más lindas de la Argentina, las que yo más quiero.

Cómo es una plaza en veranito, por ejemplo. Con los pendejos jugando, el club de los jovatos que timbea sobre el pastito, las viejas que tejen y charlan, los jóvenes de filo. **Alguna mina que pasa, moviendo el culo, y** los tipos solitarios como si cavilaran ariscos, pero nunca tan solos porque se dejan nadar en medio del rumor y las ropas de colores de la gente movediza. También les conté cómo recuerdo a los viejos: en un patio con macetas, tomando mate, mirando sus plantitas; y otros, que bailan en las tanguerías hasta el amanecer: ellas de tacos, con las piernas lindas todavía de tanto firuletear en la milonga, de falda ajustada negra y el pelo teñido. La chispa y el piropo siempre ahí, a pesar de la vejez, la mufa, los milicos.

Y el cielo pintado de azul cada mañana. A pesar de todo.

De puro entusiasmo fui a buscar un narguile que nunca se usaba y lo armé; de mi petaquita saqué un fumo para compartir y nos sentamos alrededor. La cosa estaba completa: ellos pensarían en Oriente... y yo en el mate.

Nada que ver con el flaco que trajo el narguile: un hipposo con pinta de Cristo, que se la pasaba hablando de buenas ondas y trataba de hermano a cualquiera, sin que nunca pasara nada porque no tenía vibreta en el cuerpo, ni luz en los ojos.

Pero aunque a estos les brillaran, me dio el cagazo de pasarme de folklórica. Por las dudas, me puse a agregar relatos de viaje de los que copan a todos.

Ya había anochecido y los otros dos ñatos estaban en la cocina haciendo té, cuando Edgar me preguntó:

—*Et la came?* —Mirada dura.

¿Querría recuperar el tiempo perdido?

—No ésta —me dice, señalando la petaquita de *grass*—. La otra. Los dos sabemos cuál.

Al pedo negarlo. Le digo que van a tener que esperar.

Quiere saber adónde está. Abro los brazos, levanto los hombros, le sonrío mirándolo a los ojos:

—No sé. Y ya te habrás dado cuenta que ni por físico ni por temperamento puedo hacer de vigilante.

Fue a conciencia pura: frágil como soy, había que ser mucho más basura que este tipo para atacarme.

Me está mirando. Balancea la cabeza, después la hace girar señalando alrededor, el resto de la planta baja y la escalera entre sombras:

—¿Estás sola acá?

Le dije estrictamente la verdad: que no, que vendrían. No sabía cuándo. En cualquier momento. Que había unos cuantos hombres en la casa, pero yo llevaba tres días pidiéndoles que mudaran mi habitación al segundo piso y nunca tenían tiempo, o no era el momento: siempre estaban demasiado ocupados; en suma, los muy cretinos parecían pensar que bien podía cargar yo solita los muebles por la escalera...

Cuando llegaron Jean y su infaltable socio, todas las luces de la casa estaban prendidas y los terribles hampones de Marsella me estaban haciendo la mudanza.

Dijeron que era amigos míos, transaron un buen pedazo sin jodas, pagaron cash. Los muchachos no entendían nada, pero se los veía aliviados. Me di cuenta de que al entrar tuvieron miedo.

Antes que se fueran los de la pesada, invité a fumar todos juntos el fino de la paz. Edgar me anotó en un papelito el tubo donde podía dejarle mensajes "si me hacía falta algo" y me dio dos besitos de despedida.

Jean nunca me creyó que no los conociera de antes. Tampoco le gustó que para esos duros más duros que él, mi nombre valiera más que el suyo y hasta le pudiera servir de protección.

Doudou sí me creyó. De movida le propuso a Jean que en ausencia de ellos yo pudiera actuar en sus asuntos con plena autonomía. Ni Jacques tenía tantas atribuciones, siendo tipo y dueño del aguantadero. Pero Doudou confiaba en mi talento para la improvisación: así dijo.

Sin embargo, con el reconocimiento de mi capacidad de "asegurar", sólo gané dolores de cabeza. Ah, sí. También copar el mejor cuarto de la casa, que en verdad estaba en discusión.

Desde entonces, Doudou me tenía respeto. En cambio, Jean no le toleraba ninguna mina a Doudou: todas era "esa boluda".

Yo traté de pactar con algunas de ellas; resultaron ser, efectivamente, ilusas que trataban de reformar a Doudou y me odiaron tanto como a Anne. La droga les gustaba, pero en cuanto agarraban a un tipo, querían que justo ése no se metiera más en nada. O que se embarcara en cualquiera siempre que las llevase aunque fuera al baño, juntos hasta el fin.

El peor despiole fue hace poco. Yo iba a acompañar a los muchachos en un viajecito; Doudou se emperró en llevar a Nadine, una rubia etérea nuevecita por acá. Jean no quiso saber nada. Se pelearon durante días, casi deshacen la sociedad. Jean estaba destrozado; daba pena. Hasta que le dije:

—¿Por qué no transás con él? Se queda Nadine y me quedo yo.

Ninguno de los dos estaba contento y Nadine se puso furiosa —se imaginaba una luna de miel, la pobre— pero la cosa anduvo.

Yo prefería quedarme. Una se consolaba bien de la ausencia casi continua de los hombres, gracias a la dulce tranquilidad veraniega que planeaba sobre el lugar cuando se iban.

Ayudaba la amable compañía de Jacques, que es tipo pero no ejerce, y la de los *dealers* reventados por el ritmo imposible de su vida activa: siempre teníamos algunos.

Esos no hacían gran cosa: descansaban en silencio, casi la paz de los sepulcros. A veces tocaban rock con los frenéticos de paso, para disimular.

Pero si no andaba ninguno cerca, preferían poner discos bajito y mantener largas conversaciones con minas. En esos momentos nos comprendían perfectamente y los invadía una atenta ternura por nosotras, que hacía menos pesado el ambiente de clínica de reposo.

Hasta Pierre, aquel rompebolas que me había traído, reapareció por acá, pinchadísimo.

Después de dos días tirado en una reposera como una bolsa de papas, llegó a chamuyar como una persona:

—Uno va llenándose de blanca para asegurar, asegurar, hasta que te sentís reduro, y así querés estar: apretado como un puño todo el tiempo; y seguís hasta que el esfuerzo te duele en la cabeza como un ruido. Te das cuenta de que estás con los dientes apretados **todo el tiempo; te pasás meses sin coger, sin** aflojar. Hasta que no querés más lola. Que pare el ruido en la cabeza: eso querés: Apoliyarte suavemente, sin darte un martillazo químico en el mate... Yo no quiero más lola —así me dijo—; yo tiro la toalla.

Después de quince días se volvió otro; cuando se fue hasta parecía medio puto: muy prolijo, peinadito, tan cuidadoso. Iba caminando despacito como un jubilado.

Anne, que estaba allí hace años, cancherísima y con su propio oficio de fotógrafa que a veces ejercía en Avignon, era la samaritana preferida; madre de todos y mujer de ninguno. Sacudía su melena y hacía sonrisas tiernas que le iluminaban todas las arruguitas.

Después de unos meses, yo iba en camino **de convertirme en una Evita de ese cotolengo**: se chimentaba que era una mina capaz de asegurar, y andaba con Jean.

El era una especie de héroe porque se cagaba de risa y nadie lo había visto abandonarse así: reventar, quejarse, parar. Jamás. El cowboy sin tacha. Si exceptuamos las pesadillas, que me bancaba yo sola hacía demasiado tiempo.

Jean estaba acostumbrado a hacerse esperar. Siempre llegaba con excelentes provisiones cuando no quedaba ni una brizna de yerba. Como para no recibirlo bien. Mientras más tardara, más parecía un mesías.

También esta vez avisó al próximo destino "salgo para allá" en cuanto llegó a casa, pero se quedó una semanita. Y pico.

Antes de la partida, ya con el coche cargado, la noche se hizo larga. Una de esas veladas hermosas, con misterio y una respiración muy honda. A lo mejor porque se veían las estrellas. Se dibujaban tantos movimientos en el aire que se tuvo que quedar. Seguimos levantados hasta caer exhaustos en la cama; y entonces, duramos hasta el amanecer.

Jean no sabía lo largo que sería este adiós. No se lo dije porque yo, tampoco. Ni quería que él metiera la cuchara en mis planes: rajarme a París antes de agotar fondos de la última operación, hacer contactos, buscarme otra cosa.

Ya lo veré por allá, pensé.

MAR DEL PLATA

Museo Municipal de Arte "Juan Carlos Castagnino" muestras:
"Estancias", del 13 de enero al 3 de marzo. Exposición, audiovisuales, charlas, Av. Colón 1193.

"Villa Victoria" muestras:
"Victoria Ocampo y la plástica", retratos, paisajes, ambientes.
"Victoria Ocampo en la fotografía", iconografías compuestas por Sara Facio y fotografías seleccionadas del archivo de la Fundación Sur.

Ciclo Musical: todos los viernes, a las 22 hs.,con la participación de artistas de renombre nacional.

"La última noche que pasé contigo...",sábados, domingos y lunes a las 23 hs. Música caribeña de las décadas del '40 y '50.

Cine en el parque: martes y miércoles de enero y febrero a las 22.30 hs. Organizado por la Fundación Cultural Cine Arte Mar del Plata con el auspicio de **Página/12**. Las proyecciones se realizarán en el parque de la villa en pantalla gigante. Matheu 1851.

Archivo Museo Histórico Municipal "Villa Ing. Emilio Mitre". Muestra permanente "Momentos históricos" Lamadrid 3870.
Horario de visita diariamente de 16 a 22 hs.
Banda Municipal de Música: Ciclo Conciertos de Verano todos los jueves y domingos a las 19.30 hs. en la Plaza San Martín.
Museo Municipal de Ciencias Naturales "Lorenzo Scaglia" "El Museo en acción" diariamente de 10 a 12 y de 17 a 22 hs. en Av. Libertad 3099.

Florencio Molina Campos: Pinturas en el loc. 60, Rambla Hotel Provincial: Subsecretaría de Turismo de la Pcia.
Teatro
"Yo, Burgués". Lunes y martes 22.15 hs. Dir.: Sergio Paria en el patio de la Biblioteca Municipal.
"Crimen en la mansión encantada". Jueves a domingos 22.15 hs. en la sala "A" Biblioteca Municipal.
"Pasado pisado", jueves a domingos 22.15. Sala "B" Biblioteca Municipal.
Teatro para niños
"El fabuloso robo de la sombrerera", sábados y domingos 20.30 hs. Grupo Teatrantes. Patio de la Biblioteca Municipal.
"Nosotros, el rey", jueves a domingo 20.30 hs. Sala "A" Biblioteca Municipal.
"Una de aventuras" (títeres) jueves a domingos 20.30 hs. Sala "B" Biblioteca Municipal.
En "Casa de madera", Rawson 2250 de 18 a 21.30 hs. Expone sus dibujos Claudia Rosemberg del 5 al 18.
Biblioteca Pública Municipal, Catamarca y 25 de Mayo del 11 al 19/1: "Pintores entrerianos guaraníticos".

Gustavo Gilabert



Gustavo Saiegh



VILLA GESELL

Auspiciado por la Dirección de Turismo de la Municipalidad de **Villa Gesell** podrán disfrutar de actividades culturales y deportivas durante el mes de enero.
Torneo de Tenis: En el Villa Gesell Lawn Tenis del 15 al 20/1/91 donde se espera la participación de profesionales de esta disciplina como E. Bengoechea, Roberto Azan entre otros. El torneo se denomina "Copa Ciudad de Villa Gesell" y es internacional.
También del 21/1 al 28/1/91 Torneo de Tenis y Paddle para veteranos y dobles Caballeros y Damas. Infantiles y menores.
Golf, en el Villa Gesell Golf Club, para damas y caballeros.
Casa de la Cultura: Avenida 3 y Paseo 109.
Salas 1 y 3 del 4 al 15/1 Primera Muestra de Humor e Historieta. Participarán entre otros Rudy-Paz, Rep, Sendra, Trigo, Carlos Guarnerio.
Sala 1 del 15 al 24/1 Exposición Fotográfica de Jorge Cogna
Sala 2 del 15 al 24/1 Exposición Individual de Carlos Molina
Sala 3 del 15 al 31/1 Expo Arte Gesell '91
Sala Auditórium: Teatro "Desarmable", comedia musical infantil, martes 21 hs.
"Ana y Mercedes" (espect. para adultos), martes 23 hs.
"Inodoro Pereyra", con Rudy Chernicoff los miércoles 22.30 hs. y los sábados 22 y 24 hs.
"La balada del asesino", comedia, jueves 23 hs.
"Reunión cumbre", sátira, viernes y sábados 23 hs.
Sociedad de Fomento de Villa Gesell: Avenida 4 y Paseo 104. En el horario de 19 a 22 hs. se podrá apreciar durante todo el mes la "Muestra Colectiva de la S.A.A.P." y desde el 2 al 15 la muestra de De Benedetti.
"Encuentros Corales de Verano", todos los miércoles y sábados a las 21 hs. en el Pinar Chico Paseo 102 y avenida 10. En caso de mal tiempo se corre la actuación para el día siguiente.
Teatro "Atlas" Paseo 108 entre Av. 3 y 4
10 y 11/1 Víctor Heredia
12/ 1 Nicola Di Bari
13/1 Fito Páez
14/1 La Banda Elástica
16/1 Teresa Parodi
17/1 La Barra de Dolina
18/1 César Banana Pueyrredón



AFP

